

la doncella. Esta correspondía á su amor segun conviene á una joven de alto nacimiento y de edad tan tierna, lo que nada tiene de extraño. De consiguiente, dos corazones formados el uno para el otro debían buscar cuantos resortes estuviesen á su alcance para reunirse. La noche en que murió el viejo Antonio hallábame solo en medio de las tumbas del Lido, poseido de tristes y amargos presentimientos : era para mí la vida un peso insostenible; y si el mal espíritu que entonces me dominaba hubiese salido con victoria, quitárame indudablemente la vida con mi propia mano... Dios envió en mi socorro á don Camilo Monforte; ¡gracias sean dadas á la Virgen Maria y á su adorable Hijo por la misericordia que usó conmigo!... Allí supe los designios del napolitano, y allí me empeñé á servirle... ¡Senadores de Venecia! le juré una fidelidad á toda prueba; juré

morir por él si fuese necesario, y ayudarle á robar á su amada... He cumplido mis promesas. Los dos felices amantes se hallan ahora en los Estados de la Iglesia, bajo la protección del cardenal secretario, tío de don Camilo.

— ¡Insensato! ¿Ha sido tal tu conducta?
¿No pensabas en tí mismo?

— Excelencia, tengo pocos ó ningunos pensamientos : mi anhelo era el de encontrar un hombre compasivo en quien depositar el peso de mis padecimientos. Sí, señores ; nunca tuve mas dulce momento que al ver al duque de Sta. Agueda estrechar contra su corazón á su bella esposa anegada en lágrimas de júbilo.

Los inquisidores estaban sorprendidos por el entusiasmo con que se expresaba

Jacobo. Al fin, el mas anciano prosiguiendo su interrogatorio dijo :

— Jacobo , ¿quieres referirnos los pormenores de su fuga? Acuérdate que puedes rescatar una vida...

— Mi vida nada vale, señores; pero por complaceros no omitiré ni aun la mas pequeña circunstancia.

En séguida refirió franca y brevemente los medios empleados por don Camilo para evadirse, sus esperanzas, sus malogrados planes, y por último su victoria : solo omitió el momentaneo asilo que las dos damas encontraron, y el nombre de Gelsomina. Tambien descubrió el intento de Giácomo Gradenigo de asesinar al joven napolitano, y la parte que en él tuvo el judío. Nadie entre los asistentes escuchó esta narracion con tanto interés como

Soranzo : á pesar del cargo público que ejercia , sintió que la sangre precipitaba su circulacion al referir el acusado los peligros que corrieran los amantes ; mas cuando oyó que los dos corazones se habian unido , no pudo contener su regocijo. Lo contrario experimentaron sus colegas : envejecidos en la política veneciana, oyeron esta historia con una frialdad bien calculada , porque los efectos de todo sistema tan falso como el suyo son los de subordinar los sentimientos á las circunstancias, y ceder á las apariencias el lugar de la razon y de la verdad. Los ancianos senadores vieron desde luego que don Camilo y su bella esposa estaban para siempre fuera de los tiros de su poder : convenciéronse incontinenti de cuan prudente era hacer de la necesidad un mérito : y no teniendo ya que desembuchar del Bravo , mandaron conducirlo de nuevo al calabozo.

— Me parece del caso escribir al cardenal secretario felicitándole por la union de su sobrino con la opulenta heredera de nuestra ciudad, dijo el inquisidor de los Diez luego que estuvieron solos: la influencia del napolitano puede sernos muy util.

— ¿Y si hablase de la oposicion del Senado á su felicidad? observó Soranzo al oír un plan tan atrevido.

— Nos excusaremos haciendo recaer la falta sobre un Consejo anterior al nuestro. Estos errores son las inevitables consecuencias de la libertad caprichosa. Jamás podrá regirse al silvestre alazan que vaga por la floresta como al triste animal que arrastra una carreta. Esta es la primera junta que celebráis con nosotros, señor: el tiempo os hará ver que sin embargo de la excelencia de nuestras teorías,

no carecen á veces de sus defectos en la práctica. El asunto del joven Gradenigo es harto serio.

— Hace tiempo que estoy enterado de su libertinage, respondió el consejero mas anciano. Es una desgracia á la verdad que patricio tan noble tenga un hijo de tan perversas inclinaciones. Ni el Estado ni la sociedad pueden tolerar el asesinato.

— ¡Pluguiera á Dios que fuesen menos frecuentes! exclamó Soranzo con la mayor sinceridad.

— Decís bien. Hay secretos informes que confirman la deposicion de Jacobo: además, una dilatada experiencia nos ha obligado á dar entero crédito á las relaciones de este.

— ¿Es Jacobo algun agente secreto de la policia?

— Ya hablaremos de esto, señor Soran-

zo : tratemos ahora de un caso en que se atentaba á la vida de una persona guarecida bajo el amparo de nuestras leyes.

En seguida entraron los tres miembros en una discusion sobre el asunto de los dos delincuentes.

Venecia, así como todos los gobiernos de su clase, tenia el mérito de una extraordinaria actividad en su política criminal cuando se hallaba dispuesta á hacer justicia. Así fué como el señor Soranzo, no obstante sus relaciones de parentesco con la casa de Gradenigo, pudo dar muestra de sus generosos sentimientos, proponiendo ejemplar castigo para el joven; á fin de patentizar de este modo al mundo que Venecia no dejaba impune el delito, por mas elevados que fuesen el rango y calidad del culpable; empero sus sagaces compañeros mitigaron esta severidad, re-

cordándole que las leyes hacian una gran distincion entre el conato y la perpetracion del crimen. Separado de su primer designio por la calma de sus colegas, propuso en seguida dar conocimiento del asunto á los tribunales inferiores, de lo que no faltaban ejemplos, pues dábase con ello una prueba de que la aristocracia veneciana sabia en caso necesario sacrificar uno de sus miembros á las apariencias de la justicia; y á manejarse tal uso con prudencia, afirmaba mas bien que debilitaba su poder. Era sin embargo sobrado comun el crimen de Giácomo para que la aristocracia quisiera despojarse de sus privilegios; y los viejos inquisidores se opusieron tambien á este dictamen, conviniendo definitivamente en que solo ellos decidirian del asunto. El gefe del Consejo propuso un destierro de algunos meses á Grecia: Gradenigo habia incurrido mas de una vez en

la cólera del Senado : y Soranzo contradujo esta medida, teniendo el castigo por demasiado leve y oponiéndose con el ardor propio de un espíritu generoso y justo. Al fin logró atraer á sus compañeros que afectaron ceder complacidos á la fuerza de sus argumentos, resultando de esta conferencia que el joven Gradenigo fuese desterrado por diez años á las provincias, y Oseás por toda su vida de los Estados de Venecia. Si cree el lector que no se obró con igual imparcialidad respecto á los dos culpables, acuérdesese que el judío debia darse por muy contento de librar tan bien en aquella ocasion.

— No debemos ocultar esta sentencia ni lo que la motiva, dijo el inquisidor del Consejo de los Diez terminado que fué el asunto. Nada pierde el Estado en dar á conocer su rectitud y justicia.

— Ni el modo de administrarla, repuso Soranzo. Y pues que hemos concluido, podemos, si os parece, retirarnos.

— Falta tratar de la suerte de Jacobo.

— ¿De ese hombre? dijo Soranzo : ¿qué reparo hay en entregarle á los tribunales ordinarios?

— Como os plazca. ¿Es este vuestro dictamen? preguntó el presidente del Consejo á sus compañeros, que contestaron afirmativamente con la cabeza, y en seguida se dispusieron á partir despojándose de sus incómodos ropages.

Soranzo salió el primero. Antes de dejar el palacio los otros dos consejeros conferenciaron largamente en secreto, expidiendo despues una orden al juez criminal.

Hecho esto, regresó cada uno á su morada intimamente persuadido de haber cumplido con lo que les dictaban el deber y la conciencia.

Por la primera vez de su vida entró Sorranzo en su feliz y magnífico palacio lleno de desconfianzas, y experimentando una melancolía cuyo origen no podía adivinar: había dado el primer paso en la tortuosa senda de la corrupcion, de los sofismas y de las ficciones de la política que conducen al anonadamiento de toda idea noble y generosa. Hubiera querido disfrutar de la calma y del sosiego que reinaran en su corazón cuando aquella misma noche ayudó á su esposa á entrar en la góndola, y su cabeza estuvo inquieta sobre la almohada mucho antes que el sueño echase un velo sobre el recuerdo que sin cesar le representaba el modo con que imitara el cumplimiento de los mas serios deberes, en una

comedia solemne en la que acababa de desempeñar uno de los mas principales papeles.